

era mucho, trabajando, exponiendo y recorriendo algunos países.

Como de la noche al día, de la luz a las tinieblas, la misma diferencia experimentó la vida de Henri en menos de una semana.

Admirado de todos, famoso, educado, aristócrata, caballero y artista, se le disputaron como invitado de honor en los salones públicos y privados de París. Y Henri, cosa que nunca había hecho, acudió a ellos. En todos sitios era saludado con admiración y respeto. Conoció en famosas recepciones privadas a Zola, Anatole France, Claude Debussy, Oscar Wilde y a Clemenceau.

Era todo un mundo brillante que descubría por primera vez en su vida con la sorpresa de que en él, era mimado y querido.

Y empezó su peregrinaje por el gran París, aquel tan distinto al sórdido y mísero que él por propia voluntad había conocido hasta entonces. Aquel tiempo pasado lo consideró Henri siempre como un tiempo de experiencia para mejor apreciar este otro de lujos y exquisiteces. Del lodo saltó a los relucientes mármoles. Si él hubiese querido, desde el primer momento se habría encontrado aquí, pero quiso conquistar con su propio esfuerzo y valer un nombre y una consideración.

Sus rutas nocturnas fueron en adelante los salones de la señora Gortzikoff, princesa de Camaran-Chimay; duquesa de Clermond Tonnerre, y como sitios de diversión el «Café Anglais», «El Dorado», «Alhambra», «Casino de París», con sus fastuosos cuadros de revista donde el mundo se quedó extasiado viendo la más bella estética femenina del desnudo; «Folies Bergères», el de las simpáticas y es-

culturales bailarinas, que obsequiaban siempre a Henri con una deferencia y una sonrisa que era la envidia de todos los espectadores; el «Irish-American Bar», con el célebre Ralph en la barra, un barman cherokee que era la debilidad de todas las mujeres...

Y en medio de todo esto, Henri. Con Henri siempre una copa de coñac, y las más famosas vedettes que le rogaban mimosas que les hiciese un cuadro para su propaganda. La favorita de Henri era Jane Avril, inconsciente como una mariposa, romántica y voluble. Todos los días le contaba a Toulouse su última conquista, que, además, era la definitiva... Henri la escuchaba atento y terminaba dándole un cachetito paternal en la cara. Henri sabía como nadie escuchar, y a él iban con sus cuitas las mujeres más hermosas de París.

Mujeres de todas las condiciones. Rubias, jóvenes, morenas, marchitas, bailarinas, grandes damas, actrices... A todas atendió Henri.

A Poleire Réjane, con su enigmático negro traído de Norteamérica, paseando en un coche tirado por mulas blancas; a Gaby Delys, que a pesar de ser calva tenía una gran fortuna, un amante coronado y un palacio en Lisboa; a Marta Regnier; a Regine Badet; a Rachilde, una jovencita que a los veinte años practicaba todos los ritos amorios y eróticos que cuenta Suetonio en los Doce Césares, y así toda una legión de mujeres famosas y trágicas.

A pesar de esta intensa vida, Henri trabajaba diariamente durante las mañanas y las tardes. Mauricio estaba alarmado. Aquel ajeteo le acabaría agotando. Sólo una cosa le sostenía: el alcohol.

Henri, en esta época, se compró un coche tirado por potros escoceses, se vistió de una forma extravagante y snobista, asustó a todos con sus impecables chalecos hechos de paño verde billar, sus elegantes trajes, sus camisas rojas, sus cenas y recepciones...

Eran muchas cosas a la vez para un pequeño y débil ser como era Henri. Trabajar, divertirse, amar y por último, a la muerte de una tía suya que le dejó heredero, viajar.

Pero todo lo ahogaba Henri en alcohol. La muerte de Seurat en plena juventud, el suicidio de Vicente Van Gogh, la miseria en una barraca de la Goulou....

Su buen amigo Mauricio, representante de Henri en cosas referentes a pintura, organizaba una tras otra exposiciones que siempre resultaban sensacionales. Mauricio trataba de administrarle, no sus bienes económicos, que los tenía sobrados y en continuo aumento, sino su salud, a la que veía peligrar de un momento a otro.

Vinieron los viajes al extranjero. Primero fué Londres, en donde ya gozaba de una gran fama y reputación; después, Amsterdam; vuelta a Londres en compañía de Mauricio para inaugurar una exposición, y, como final, una larga ruta pasando por Lisboa.

De su viaje a España, de su paso por Madrid y Toledo, ya he hablado en las páginas de esta misma revista hace bastante tiempo. La continuación de este artículo es aquel «Del Moulin Rouge a Toledo».

Es decir, del triunfo de la publicidad por el arte, al abandono del arte por falta de sentido y publicidad.

De la bella época, a un tiempo sin excesiva belleza.

FRANCISCO ZARCO MORENO

## “HONRA AL QUE OBEDECE”

**R**ARO será el hombre que no conozca el cuarto Mandamiento. En su interior, cree, firmemente, que su conocimiento se proyecta en actos; que sus hechos y palabras, cumplen con el espíritu y la letra del precepto divino. Una observación, no muy rigurosa, nos demostrará la falsedad de cuanto llevamos dicho.

Aunque sepamos la interpretación y alcance que los libros de moral dan al enunciado «honrar padre y madre», la verdad, triste verdad, es que olvidamos la práctica y nos quedamos, por comodidad y egoísmo, en un «respeto de omisión» hacia nuestros «padres de sangre». Pero ese «respeto de omisión», primer escalón de una perfección no alcanzada, no es tenido por aquéllos que, en sentido ético, son nuestros mayores. Continuamente oímos críticas y calumnias lanzadas contra el que tiene autoridad. He aquí la cara del problema; ahora, veamos la cruz.

Con gran frecuencia, vemos padres que no cumplen con sus deberes. No es que maltraten a sus hijos o que los abandonen. Se trata de pequñeces, «enormes minucias», que alguien dijo que, reiteradas, terminan por hacer la vida im-

posible. Desconocen una serie de derechos de los hijos; sin embargo, son unos «buenos padres». Hay que aceptar sus decisiones más arbitrarias, y, lo gracioso es que todos aquéllos que son extraños a su mandato y autoridad, encuentran muy natural, no la obediencia del hijo, sino la justicia de la imposición. Parece como si el solo hecho de ser padre, justificase cualquier acuerdo. Con esto no queremos atacar el ideal ni la potestad que aureola la paternidad, por cuanto es un sentimiento que todos experimentamos en esta vida, o al menos intuimos, sino presentar unos hechos como ejemplo de general y fácil entendimiento.

Hombre que lees estas líneas: quizá te reconozcas como un «buen padre», algo molesto e injusto. El remedio está en tu mano. Lo más difícil, es ajustar tus propósitos a los actos que realices fuera de tu hogar. Por poca categoría que tengas, siempre hay alguien debajo de ti: mayor jerarquía, mayor obligación. Piensa que el cuarto mandamiento muy bien podía haber sido redactado así: «Honra al que obedece».

F. ESPEJO